

Plumas de carne y hueso

Raymundo Riva Palacio

Durante la administración de José López Portillo, la presidencia de la república buscó su propia voz en la prensa. Quería tener presencia y que la clase política supiera que, tácitamente, era la voz del presidente. Aún sin identificarse por nombre buscó un seudónimo donde nadie tuviera dudas acerca de quién se escudaba tras la firma.

Y así nació Francisco A. Magón, a quien se le otorgó un espacio en las páginas editoriales de Excélsior. Su primer texto fue una disección del co-lumnista del mismo diario Mauricio González de la Garza quien, irritado por el ataque al que fue sujeto por su nuevo vecino, renunció como protesta.

Acabó el gobierno de López Portillo y asumió la presidencia Miguel de la Madrid; un hombre cuyas actitudes contrastaron enormidades con las de su predecesor, prácticamente en todos los rubros. Pero en materia de prensa decidió continuar con la práctica lópez-portillista.

Y así nació Pedro Baroja, firma que ocupó el mismo espacio de Francisco A. Magón y que cobró más notoriedad porque uno de sus presuntos autores, Rafael Cardona, periodista de gran calidad y cronista de excepción que trabajaba en la oficina de prensa de la presidencia, nunca negó ser la pluma detrás de esa firma.

Con la llegada de Carlos Salinas de Gortari a la presidencia las cosas parecieron cambiar. En su oficina de prensa se fraguó una estrategia retocada de sentido de humor. Decidieron matar a Pedro Baroja y en el mismo Excélsior publicaron la esquela de su deceso, en un accidente automovilístico en Vigo, España. Federico Campbell, en la revista Proceso, dio una lección de cómo debe trabajar un reportero: habló al periódico de Vigo, a la policía y al cementerio, y en todos esos lugares le dijeron que no sabían de ningún Pedro Baroja; que nadie con ese nombre había sufrido un accidente automovilístico, como tampoco había un tal Pedro Baroja enterrado en el cementerio.

Las revelaciones de Proceso, enmarcadas en las relaciones prensa-gobierno, provocaron que Excelsior reviviera a Pedro Baroja, quien reapareció en las páginas editoriales del diario con un epígrafe onomatopéyico: ¡Sigo vivo y coleando!

Pedro Baroja continúa apareciendo en las páginas editoriales de Excelsior, pero ya no es una pluma al servicio de la presidencia. Los métodos cambiaron y esos manejos se modernizaron. «Nosotros no usaremos nunca seudónimos», confió hace tiempo un alto funcionario del gobierno. Y efectivamente, lo han cumplido.

Sin embargo, la presidencia no ha perdido espacios. En sus nóminas aparece una lista de articulistas que firman en diversos medios, gubernamentales y privados. La ventaja es que son de carne y hueso; la desventaja es que no se identifican en los medios como representantes del poder ejecutivo.

Eso no es inusual, habría que aclarar, pues tampoco se les identifica en ningún medio ni a los empresarios ni a los representantes de partidos políticos, de la iglesia ni de otros sectores de la sociedad que publican cotidianamente en los medios impresos.

Funcionarios del gobierno salinista han comenzado a emplear a plumas reales para atacar a muchos de aquellos que discrepan con las políticas del presidente Salinas. Ese es el verdadero problema: la intolerancia, estado de ánimo que el mismo mandatario ha rechazado. En su pasado discurso del día de la libertad de prensa, Salinas subrayó: «Es responsabilidad de todos ensanchar el ejercicio de la libertad de expresión y es compromiso del gobierno de la república defender vigorosamente ese derecho».

Lamentablemente no todos dentro de su gobierno se ajustan a ese mandato. Uno de los botones de muestra más evidentes es el caso del historiador Romeo Flores Caballero, exsecretario de Asuntos Internacionales del PRI y actual director del mevisión. Cada domingo, desde noviembre pasado hasta su reciente nombramiento al frente del canal estatal, Flores Caballero dedicaba su prosa y sus ideas a fulminantes ataques contra los críticos del salinismo, dejando de lado los argumentos -para lo cual estaba equipado adecuadamente- y cambiándolos por los epítetos.

Flores Caballero desempeñó el papel de golpeador del sistema, no del que lo defendía, y su pago fue la dirección de Imevisión. Pero no es, ni ha sido el único. Ya se mencionó que hay varias plumas en la nómina de la presidencia, aunque también hay, según un documento interno del PRI, 34 «articulistas del Partido Revolucionario Institucional» que publican en once periódicos de la ciudad de México.

Eso no incluye las tarjetas que desde varias dependencias envían a algunos columnistas políticos en diarios importantes, y que se reproducen, sin pudor alguno, textualmente.

El gobierno mexicano, como cualquier gobierno en el mundo, está en su derecho de intentar manipular y controlar la información, lo cual no significa que sea ético o deseable. Es una realidad y punto.

Lo que sí es incongruente con el discurso presidencial son las actitudes guerrilleras o mercenarias que algunos columnistas practican contra aquellos que disienten del régimen. El presidente Salinas dijo en su

primer discurso del día de la libertad de prensa, en 1989, que los medios se han convertido «no sólo en canales de información, sino también en escenarios para la reflexión y el debate sobre la realidad, y en factores relevantes para la movilización social». Un año después, indicó: «La libertad de expresión y la libertad de prensa están íntimamente vinculadas a la libertad del ciudadano.»

Los vasos comunicantes que ha trazado el presidente Salinas con la sociedad a través de los medios no parecen estar limpios. Hay quienes dentro de su gobierno, por las prácticas empleadas y por los resultados obtenidos, actúan contra los deseos expresados por el propio jefe del ejecutivo.

No es un ejercicio ocioso reexaminar los nuevos modelos empleados en la relación del gobierno con la prensa y buscar una mayor transparencia y una mayor claridad en beneficio de la salud de la nación.